

Minima moralia
Ramón Salas

Durante siglos, eso que los románticos llamaban la ‘reconciliación de los contrarios’ –la jovial eventualidad de vivir en un mundo donde el cuerpo nos pidiera hacer lo que en realidad deberíamos hacer- se ubicaba en un pasado remoto. El paraíso era el lugar del que nos expulsó nuestra voluntad de conocer, es decir, la decisión de inyectarle interés a la mirada. Algún día retornaríamos a él, una vez apagada de nuevo nuestra conciencia, cerrando así el tránsito por el valle de lágrimas que se abre entre el Génesis y el juicio final.

Hoy, que vivimos en un mundo que se asoma inconsciente a la catástrofe, los paraísos no pueden ya recrearse a base de apagar la conciencia, sino, bien al contrario, de encenderla. Eso sí, con un tono menos utilitarista y prepotente del habitual. Pero debemos dibujar paraísos. La idea ya no puede pretender ser la esencia invariable, al fondo de la caverna, que emite estas sombras que llamamos realidad y nos permite diferenciar las verdaderas copias de los meros simulacros. La idea es un constructo contingente que permite, precisamente en virtud de su no correspondencia con la realidad, darnos un punto de apoyo si no para mover el mundo al menos sí para reevaluarlo. Esa idea, que ya nada tiene que ver con el idealismo del que la pintura se nutrió durante siglos, ya no nos proporciona modelos, pero nos da ejemplos. Ejemplos de modos de actuar a los que el arte da forma simbólica, memorable. La crítica a la razón instrumental no puede hacerse desde ultramundos románticos. No nos toca imaginar mundos otros, autónomos, incontaminados, sino concebir formas otras de habitar este mundo. Otro tono, otro tenor.

El pensamiento no debe volver a perder el hilo, debe atar cabos, hilvanar proyectos. Pero no para realimentar la soberbia de la razón sino para establecer relaciones contingentes entre puntos de apoyo eventuales que nos proporcionen las sombras del dibujo de un mundo posible. Un paraíso que no estará más allá sino en un aquí y ahora vivido de manera que haga plausible un mañana. El arte debe dar instrucciones en prosa para lo mínimo, para una poética de los límites y no de su superación, instrucciones que no son mandamientos revelados sino apuntes de seducción para intentar encontrarle sentido a la existencia sin expectativas épicas.